

SESIÓN NECROLÓGICA

**EN MEMORIA DEL EXCMO. SR.  
D. DIEGO FIGUERA AYMERICH**

DÍA 18 DE NOVIEMBRE DE 2003

PRESIDIDA POR EL EXCMO. SR.  
D. DOMINGO ESPINÓS PÉREZ

**DISCURSO DE PRECEPTO**

Por el Excmo. Sr. D. SANTIAGO TAMAMES ESCOBAR

Académico de Número

**INTERVENCIONES:**

- Prof. Armijo Valenzuela
- Prof. Segovia de Arana
- Prof. García de Jalón
- Prof. Moya Pueyo
- Prof. Rey Calero
- Prof. Durán Sacristán
- Prof. Reinoso Suárez

## DISCURSO DE PRECEPTO

### Diego Figuera. Su lucha y su obra

Por el Excmo. Sr. D. SANTIAGO TAMAMES ESCOBAR

Excmo. Sr. Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y señores,

Noté que no había venido a las últimas sesiones de los martes. Por teléfono me explicó lo que le pasaba y la inutilidad de establecer ningún tipo de tratamiento. «Estoy resignado» me dijo. Fui a verle. Con él estaban Nieves, algunos de sus hijos y su inseparable amigo, Manolo Varela. Estaba tranquilo y hablaba de todo con optimismo. Quiso levantarse para despedirme, cuando ya me iba. Le noté muy débil. Pocos días después recibí una llamada de la Real Academia: Diego Figuera había muerto. Era el día 2 de julio.

Acudí a la Clínica Puerta de Hierro. Allí tuve ocasión de meditar sobre todo lo que ésta le debía a Figuera y lo que había significado en la vida de Diego. Diego la hizo un Centro de vanguardia. A su vez la Clínica le dio medios para que Figuera pudiera poner de manifiesto toda la energía potencial que llevaba dentro. Fue una perfecta simbiosis. Allí pudo Diego desarrollar su labor pionera en Cirugía Cardiovascular. Hoy, ésta ha perdido, para siempre, el trabajo de un innovador, de un creador, en plena actividad.

La Junta Directiva de esta Real Academia, me ha hecho el honor de encargarme el Discurso Necrológico de precepto, en su memoria. He aceptado este compromiso, doloroso por la pérdida del amigo e intentaré dibujar la semblanza de un hombre complejo, que tuvo que luchar mucho, hasta que consiguió hacerse cirujano, refiriéndome también a su obra, la huella de su paso, la profunda huella que nos ha dejado.

La vida de Diego Figuera fue siempre de esfuerzo y lucha. Su fuerte personalidad superó la prueba de tener que hacer frente, con la fuerza de su inteligencia, con su optimismo y alegría de vi-

vir, a circunstancias adversas, en ocasiones muy difíciles de superar.

En su biografía, aparece, en primer lugar y reiteradamente, el fondo de unas precarias condiciones económicas en que se desarrolló su vida, tras la muerte de su padre, Profesor de la Escuela de Ingenieros de Bilbao, cuando él tenía seis años. En segundo lugar, la guerra le supuso, no solo el retraso en su formación, sino también el riesgo de perder la vida al ser movilizado y destinado al frente. En tercer lugar una inteligente toma de decisiones fue, en cada momento, la guía de su vida, pues, cada decisión, fue el comienzo de una vida nueva, orientada de otra manera. Paulo Coelho lo expresa muy claramente: «cuando alguien toma una decisión está zambulléndose en una poderosa corriente que le ha de llevar hasta un lugar que jamás hubiera soñado en el momento de decidirse». Así ocurrió con Diego, cuando decidió estudiar primero, estudiar medicina después, hacerse cirujano y finalmente, centrarse en la cirugía torácica y cardiovascular.

En 2002 Diego publicó un libro autobiográfico: «Mis vidas y la Cirugía». Cuando lo escribió se lamentaba de no haber llevado un diario, de tal modo que se veía, ahora, en la obligación de recurrir a la memoria, «que falla, es discriminatoria, tendenciosa y mezcla la realidad con la fantasía».

Me ha servido para precisar mis recuerdos.

Conocí a Diego Figuera en 1953, hace ahora cincuenta años, cuando me incorporé al Servicio del Prof. Martín Lagos, en el viejo Hospital de San Carlos. Los Profesores Adjuntos de la cátedra eran entonces los doctores Zarapico, Buitrago y, con carácter interino, Diego Figuera.

Estos cargos, ganados por oposición eran temporales y los sueldos, puramente simbólicos. El trabajo, en cambio, ocupaba toda la mañana. Era, entonces, la manera de aprender y hacerse cirujano. Y para aquellos que así lo hubieran decidido, para llegar a ocupar, en el futuro, después de recorrer un camino largo e incierto, una Cátedra de Cirugía siempre que hubiera tesón suficiente, dedicación al estudio y situación económica que lo permitiera.

Con Figuera conviví hasta 1962 en que ganó la Cátedra de Zaragoza. En esos nueve años se fue consolidando una gran amistad como tuve la satisfacción de comprobar en numerosas ocasiones.

Era Figuera un cirujano meticuloso que operaba muy bien. En

las Sesiones Clínicas era oportuno en sus comentarios y el buen sentido estaba siempre presente en lo que decía. Conocía bien sus limitaciones y ofrecía al enfermo solo aquello que realmente podía darle. Se ganaba, cada día, el aprecio y el respeto de todos.

Un estricto sentido ético guió, en todo momento, su relación con el enfermo, que recibía de Diego el compromiso moral, la garantía de una cirugía tan competente como humana.

Enseguida se traslucía otra de las características de su fuerte personalidad: el toque de originalidad que daba a todo lo que hacía y su labor creadora que cristalizaba en un pequeño taller, que tenía en su casa, donde él mismo construía los prototipos de los instrumentos que ideaba.

En la biografía de Figuera se observan nítidamente momentos cruciales, que pusieron en riesgo su vida o su destino como médico primero y como cirujano, después.

La primera situación de riesgo fue muy temprana, pues se produjo con su nacimiento, en Algorta, el 9 de agosto de 1920, dos meses antes de lo previsto. Hubo importantes problemas con la lactancia. Cuando encontraron un ama, en Guecho, la mujer no quiso aceptarlo al ver su pésimo estado. Por fin la convencieron y el niño inició, entonces, una rápida mejoría. Fue su aña y madrina Agustina, con la que vivió en Guecho hasta que empezó a ir al colegio, en Bilbao. Confiesa que la adoraba y mantuvo viva su relación con ella hasta que murió. Era, para él, como una segunda madre. Así como su hermana Ángela, la poetisa, veinte años mayor que él, era su tercera madre. Cuando se casó y se fue a vivir a Huelva, allí se llevó a Diego, que habituado a Guecho, donde había pasado momentos muy felices, no le gustaba nada Madrid, donde la familia se había trasladado a la muerte de su padre, buscando mejorar una economía maltrecha. En Huelva recuperó el mar, que fue como una obsesión en su vida.

Le cogió el comienzo de la guerra en Madrid. En abril de 1938, cuando, evacuado a Alcoy, estaba siguiendo allí sus estudios de bachillerato, movilizaron su quinta. La quinta del 41, «la del biberón». Diego tenía, entonces, diecisiete años.

Sobrevivió, milagrosamente, a la explosión de un proyectil en la trinchera en que se encontraba, salvándose por un ángulo que hacía la zanja.

En otra ocasión Figuera debía llevar una orden de retirada a una compañía que estaba en un cerro. Cuando empezaba el ascenso al cerro, le avisaron, desde las propias trincheras, que la compañía ya se había retirado, pero Diego no podía creerlo, pues la orden de retirada estaba todavía en sus manos. Empezaron a dispararle desde el cerro, ya ocupado por el enemigo, por lo que, presa del pánico, se lanzó corriendo, colina abajo, como un loco, notando los impactos de las balas a su alrededor. Le salvó la mala puntería de los tiradores.

Muchos años después, confesaba Diego, cuando en alguna cacería de venados se encontraba persiguiendo a un animal, que huía despavorido, se acordaba de su escapada y dejaba de disparar.

Al terminar la guerra, necesitó hacer algo para ganar algún dinero. Con moldes de escayola y tuberías de plomo, que fundía, hacía soldaditos que luego pintaba y vendía. O hacía barcos de hojalata. Su comienzo como electricista fue de la mano de su hermano Felipe. También empezó con trabajos de albañilería.

En el cine Alcalá consiguió, como electricista, un puesto fijo derrochando ingenio en la presentación de los diferentes números de una revista.

Consciente de que tenía un trabajo divertido y bien pagado y que además le quedaba tiempo, reanudó sus estudios de Bachillerato. Pero poco después surgió la necesidad de una elección: o marcharse con la Compañía a «hacer las Américas», muy bien pagado, o quedarse en Madrid para estudiar siguiendo la rama intelectual de la familia. La elección no era fácil, pero «un extraño impulso interior, casi ajeno a su voluntad le impulsó hacia lo difícil». Se quedó en Madrid.

Solicitó la plaza de electricista del Monumental, porque todos los mandos y cuadros eléctricos estaban en un cuarto del sótano, aislado, cómodo y silencioso. Allí se podía estudiar. Se esforzó para terminar el Bachillerato y hacer el Examen de Estado. Es sorprendente la anécdota de que el día anterior a este examen llegó a su casa, muy excitado, su cuñado Julio: en el tranvía había oído a un muchacho dictar los problemas que iban a salir en el examen del día siguiente. Por si acaso, aquella noche, Diego repasó las soluciones. En el examen comprobó que los problemas ¡eran los del soplo!

Aprobó el examen, gracias a Dios. Y nunca mejor dicho.

Confiesa Diego que nunca supo bien cual fue la razón por la que se decidió a estudiar Medicina. Yo pienso que debió influir, decisivamente, en ello su destreza manual, que le iba a permitir complementar, con éxito, lo que tiene la cirugía de arte. Decidió estudiar concienzudamente la Anatomía, terreno en el que se desarrollaría su acción manual. Prefirió el Testut al Rouviere, «para saber más que nadie». Le dieron, por votación entre sus condiscípulos, el Premio Fourquet de Anatomía. Cogió fama de empollón. Era Jefe de Mesa en las prácticas de disección. Allí conoció a Mario de la Mata del que llegó a ser gran amigo. Otro gran amigo para siempre, fue Manolo Varela al que conoció, cuando discutía Diego, con unos compañeros, la utilidad del estudio de las matemáticas en el preparatorio de Medicina. Fue una amistad para toda la vida.

Otra situación de riesgo la vivió en el Monumental donde en ocasiones era necesario subirse al falso techo del patio de butacas. En el camaranchón había unos pasillos de madera, única zona por la que se podía pasar, ya que el resto del suelo no resistía el peso de un hombre. Una mañana sufrió Diego una descarga eléctrica y cayó sobre el falso techo. Se quedó inmóvil presa del pánico. Poco a poco, reptando, pudo agarrarse a las tablas del pasillo y subirse a él.

En el cuarto año de la Carrera empezó a trabajar como interno, en el Laboratorio de Farmacología Experimental, con el Prof. Velázquez. Su inventiva y su originalidad le llevaron a construir un procedimiento para el registro gráfico de la función del corazón de la rana. Obtenía registros del volumen minuto, del volumen latido o fracción de eyección y de la frecuencia cardiaca. El Dr. Bayo presentó este sistema en una comunicación a esta Real Academia. También lo llevaron al Congreso de Farmacología de Sevilla.

Hizo los dos últimos años de carrera en uno solo, terminando así, un año antes que su Promoción, en 1946.

El Presidente de Filmófono, sabedor, a través de uno de los Varela, del esfuerzo realizado por Figuera le cambió su puesto de electricista por el equivalente a médico de empresa y le dio una gratificación extraordinaria. Diego estaba feliz.

Pese a las precarias condiciones en que estudió, en su expediente figuran diecinueve sobresalientes, catorce con Matrícula de Honor. Sobresaliente y Premio Extraordinario de la Literatura y Sobresaliente y Premio Extraordinario del Doctorado.

Ya médico, Diego decidió ingresar en un Servicio hospitalario. Ganó, con el número 1, una plaza en el Servicio de Medicina Interna del Prof. Jiménez Díaz en el Hospital Provincial. Su contacto con D. Carlos aumentó, si cabe, su admiración por él. Y pasaron tres años que le permitieron a Diego asentarse, sobre sólidas bases, sus conocimientos. El «riesgo» estaba en entusiasmarse demasiado con la medicina interna y dejar la cirugía.

Pero Diego tenía las ideas claras y sabía cuáles eran sus objetivos. Cuando D. Carlos le prometió una beca para trabajar en el Instituto de la calle Granada, germen de la futura Clínica de la Concepción, Figuera se atrevió a declinar la oferta, quedándole el amargo regusto de haber ofendido, por ello, involuntariamente, a su ídolo. Era el año 1949.

Ganó entonces Figuera la plaza de médico interno en el Servicio de Cirugía del Prof. Martín Lagos, en el viejo Hospital de San Carlos. También con el número uno.

Unos cambios en la dirección de Filmófono hicieron que Diego perdiera su puesto de «médico de empresa», que le producía unos ingresos sin la contrapartida de trabajo alguno. Aunque, moralmente, Diego reconocía la justicia de esta medida, perdía unos ingresos y decidió compensarlos optando a una plaza de APD (Asistencia Pública Domiciliaria), es decir de médico titular de un pueblo. Así, pensaba, permanecería en su destino un tiempo, el menor posible, para reunir algún dinero y volver a Madrid. Obtuvo un buen número y eligió un pueblo de la provincia de Zamora. Entonces sucedió lo increíble: El médico de APD, que, con carácter interino, ocupaba la plaza que ahora solicitaba Figuera, le pidió que no la ocupara. Como compensación le daría cincuenta mil pesetas, con lo que Diego podría seguir en Madrid. Diego aceptó, de inmediato, la oferta.

Para entonces, Diego ya había cumplido los treinta años, pero su formación quirúrgica estaba, todavía, en mantillas.

Efectivamente, en el Servicio de Martín Lagos, viendo operar y ayudando aprendió mucho, pero todavía no le dejaban operar llevando la responsabilidad de la intervención. Era necesario comenzar a operar ya de una vez. Fue entonces cuando estableció contacto con el Dr. D. Manuel Gómez Durán, Jefe de Cirugía del Hospital Militar Gómez Ulla, en Carabanchel, que le aceptó como asistente voluntario, sin remuneración. A Diego le pareció de perlas la explicación que le dio el Dr. Gómez Durán: «aquí de dinero nada, pero de trabajo todo lo que quiera». A las siete y media estaba en el

Hospital. Operaba y luego ayudaba al Dr. Gómez Durán del que aprendió mucho. Se fue, poco a poco, entusiasmando con el trabajo de aquel Hospital y pensó en la posibilidad de hacerse médico militar. Pero tanto el Coronel Jefe de la Escuela de Sanidad Militar, como el mismo Gómez Durán, le aconsejaron siguiera con su carrera universitaria.

Se convocaron, entonces, oposiciones a médicos de la Beneficencia Municipal de Madrid y Figuera consiguió una plaza en 1952. El sueldo era aceptable. Parecía que ya se terminaban los problemas económicos.

En 1954, Figuera tenía treinta y cuatro años y un gran prestigio. Fue, entonces, cuando salió a oposición la plaza de Profesor Adjunto de la II Cátedra de Cirugía de la Facultad de Madrid. Se presentaron Merchán del Servicio del Prof. de la Fuente Chaos y Figuera. Estuvieron muy igualados por lo que Martín Lagos y de la Fuente no se ponían de acuerdo sobre a quien dar la plaza. Al final el Tribunal llegó a un sorprendente acuerdo: o seguir con otros ejercicios o echar a suerte la plaza. Los dos opositores, cansados, se decidieron por esta última solución. La plaza fue para Diego. De la Fuente le felicitó, por su suerte, ante lo que Martín Lagos «se levantó como un tigre y a gritos dijo: Suerte no, D. Alfonso ¡justicia divina!»

Ya, como Adjunto, tenía posibilidad de operar y dejó de ir al Gómez Ulla. Por otra parte, hizo otra oposición, en la Beneficencia Municipal, en 1959, para ocupar la plaza de Jefe de Equipo Quirúrgico del Ayuntamiento de Madrid. La ganó y fue destinado al Equipo Quirúrgico número 1.

Aquella época yo la recuerdo bien. Era un cirujano cuidadoso, meticoloso y ya, como Profesor Adjunto, intervenía enfermos con patología importante. Ofrecía una gran confianza por su técnica y por la solidez de sus conocimientos. Por fin había conseguido encarrilar, adecuadamente, su vocación quirúrgica y universitaria.

Hubo un momento en que Diego pensó en la posibilidad de dedicarse a la Traumatología y Ortopedia. En el Servicio del Prof. Martín Lagos, dos salas estaban destinadas a este tipo de pacientes. Funcionaba un Curso de dos años para dar un título oficial de Especialista, aprobado por el Ministerio. Las sesiones de los sábados permitían adquirir experiencia clínica en esta Especialidad, que estaba así establecida como una especie de avance de lo que luego sería el MIR. La verdad es que en el Servicio se respiraba Trauma-



tología y Ortopedia, por todas partes. Por aquella época Figuera ideó un dispositivo para introducir el alambra guía en las fracturas de cuello de fémur.

Ocupó, en 1956, por concurso nacional el puesto de Jefe del Servicio de Traumatología y Ortopedia de la Equitativa de Madrid, que había quedado libre tras la jubilación del Dr. Hernández Ros. En 1958, consiguió el puesto de Jefe de Equipo Quirúrgico de Traumatología y Ortopedia de la Seguridad Social. pero Diego terminó por dejar todo lo referente a esta especialidad.

Muchos años después me comentó, en una ocasión, si en aquellos momentos no habría cometido una equivocación, al dejar la Traumatología y Ortopedia. Yo creo que me hablaba con sinceridad, pero nunca más volvió a tocar este tema.

Aconsejado por el Dr. Luis Agosti, Figuera decidió acudir al Sully Hospital, en el País de Gales. Admitido como asistente voluntario para trabajar con los doctores Mr. Harley y Mr. Thomas, fue muy bien recibido. Allí aprendió inglés y adquirió experiencia en cirugía pulmonar. Incluso se le permitió operar algunos pacientes. También se inició en las técnicas cerradas de cirugía cardiaca. Pero ya se estaba desarrollando la cirugía a corazón abierto. Decidió ir a Estados Unidos para lo que solicitó una beca de la ICA (International Cooperation Administration) que le concedieron. Volvió a España después de un año en el Sully Hospital.

Ya en España publicó una técnica aprendida en el Sully para el tratamiento preoperatorio de las cavernas tuberculosas. Consistía en un tratamiento postural antidrenaje, que las hacía disminuir de tamaño espectacularmente, facilitando la posterior cirugía de resección.

Por entonces Diego conoció a Nieves. El Dr. Trincado, cuando la vio un día llegar al Ateneo, quedó deslumbrado y comentó, más tarde, que aquella chica merecía un 9,5 sobre 10. Cuando Figuera la conoció le subió la nota a 10, pues «era muy guapa, seria y elegante y tenía un carácter encantador». Era estudiante de Filosofía y Letras y una excelente pintora.

Se casaron el 22 de octubre de 1955. Figuera siempre comentó que su boda era lo mejor que había hecho en su vida.

Se fueron a Estados Unidos. Allí Diego visitó a Beck, en el Mas-

sachussets General Hospital de Boston, para conocer los resultados de sus técnicas, empleando el pectoral menor para hacer una pexia con el miocardio isquémico o bien, operación de Beck II, establecer una anastomosis, con un injerto de vena, entre la aorta descendente y el seno coronario. Figuera vio que estos intentos apenas se seguían de éxito y, en cuanto a la cirugía pulmonar, era de peor calidad que la de Sully.

Se marchó a Denver tan pronto pudo arreglar una grave situación económica, que estaba viviendo, al no llegarle el dinero de la beca. En Denver no le gustó nada la hipotermia, por inmersión en baño helado, que preconizaba Swan. Sencillamente «le pareció horroroso».

En cambio le entusiasmó la técnica de circulación cruzada, empleando un voluntario, con sangre compatible con la del enfermo, para conseguir la perfusión de este, con la sangre oxigenada de aquel. Esta técnica estaba siendo empleada en Baltimore, por Bahnson y Varko. Allí se fue Figuera. Quedó decepcionado por la complejidad del procedimiento.

Se marchó a Filadelfia, al Servicio de Bailey, en el Hahneman Hospital. Allí Figuera tuvo que decidir, otra vez, sobre el camino a seguir, cuando Bailey le propuso que se quedara en Filadelfia. Le dio dos meses para pensarlo.

Enterado Diego de que Kirklin en la Clínica Mayo, había puesto en marcha un dispositivo de circulación extracorpórea, decidió ir a Rochester. El procedimiento le pareció excesivamente complejo. Lillehei, en Minneapolis, empleaba un circuito mucho más sencillo. Allí se fue Figuera. Efectivamente partiendo del concepto de «flujo ácigos», empleando el sencillo oxigenador de DeWall, de burbujas y la bomba Sigmamotor, se disponía de un sistema sencillo y asequible, que hizo que la circulación extracorpórea se extendiera mundialmente. Decidió la vuelta a España para empezar a operar con este método. Renunció a la oferta que le había hecho Bailey.

Ya en Madrid por su amistad con el Dr. Marcial Gómez Gil, influyó sobre éste para la creación de Sanitas, pagando a los médicos por acto médico. El éxito fue inmediato. En Sanitas, Diego hacía la cirugía torácica.

Pero el objetivo era conseguir una Cátedra. La primera oportunidad surgió en 1958 pero la plaza no fue para él.

La segunda vez estaba en juego la Cátedra de Valladolid. Tuvo

como copositor a Hipólito Durán que ganó la plaza, con el beneplácito de todos, incluido Diego Figuera. No vamos ahora a recordar la brillantez de Durán, que admiramos todos.

Por último, en 1962, ganó la oposición con el número 1. Eligió, entre las cátedras de Cádiz y Zaragoza, esta última.

Se comprende que Figuera dijera que se encontraba «como si le hubiera tocado un elefante en una rifa». Tenía entonces cuarenta y dos años y una vida, por fin, cómodamente resuelta en Madrid, donde gozaba de un gran prestigio. Por otra parte, se había producido el traslado de la Cátedra del Prof. Martín Lagos al Hospital Clínico, en la Ciudad Universitaria y las expectativas de trabajo como así sucedió, eran muy buenas.

En cambio, el Servicio de la Cátedra de Zaragoza, estaba en el Hospital Provincial y según le habían informado, era «pequeño y miserable».

A pesar de ello, Diego Figuera se fue a Zaragoza.

En Zaragoza, se encontró un Servicio mal dotado. Tuvo que ir resolviendo muchos problemas, que la rutina y la desidia habían dejado crecer. Montó un Laboratorio con ocho millones de pesetas, que consiguió del Prof. Lora Tamayo, a la sazón Ministro de Educación. En su actividad le ayudaba un médico del Servicio de Martín Lagos, José Luis Inchausti. A través de él ayudé, en algún aspecto concreto, a Diego para dar su Primera Lección. Cuando fui, con mi mujer, a este acto académico quedamos muy mal impresionados, ante el pobre aspecto de las instalaciones.

En aquellas condiciones, desarrollar una actividad quirúrgica creadora o de vanguardia, le iba a resultar muy difícil.

Por entonces, en Madrid, en Puerta de Hierro, se estaba construyendo por los dominicos un Sanatorio privado. Por las razones que fuera, cuando el edificio estaba ya en una fase avanzada de su construcción, decidieron no seguir adelante con el proyecto y lo vendieron a la Seguridad Social, que lo adquirió con la idea de desarrollar en él un Centro de Especialidades Quirúrgicas.

El Delegado General del Instituto Nacional de Previsión, D. José María Guerra Zunzunegui, llamó a Figuera, buscando su colaboración para la organización de la Cirugía en dicho Centro. En presencia del entonces Ministro de Trabajo, del que dependía la Sanidad, Sr. Romeo Gorría, Figuera expuso su parecer.

Sugirió hacer un Hospital con todos los Servicios médicos y quirúrgicos, bajo una sola dirección, con los médicos trabajando a plena dedicación y suficientemente remunerados, y expuso su idea de establecer un sistema de médicos internos y residentes, para la enseñanza de los postgraduados. Pero todavía imperaba la decisión que el antiguo Ministro de Trabajo, Sr. Girón, había establecido de prohibir la enseñanza con los enfermos de la Seguridad Social y no aceptaron, por ello, implantar el sistema de médicos internos y residentes.

Por fin llegaron a un acuerdo: Diego sería el Director del Centro. Pero él pensó que esto interferiría con su trabajo quirúrgico y que sería mejor que ese cargo recayera en un internista. Muy bien podría ocupar este puesto el Prof. Segovia de Arana, que acababa de ganar la Cátedra de Medicina Interna de Santiago de Compostela. Segovia aceptó la propuesta. Desechando la designación, habitual en aquella época, de Residencia Sanitaria, el nuevo Centro se llamaría Centro Nacional de Especialidades Quirúrgicas de la Seguridad Social y habría un subtítulo: Clínica Puerta de Hierro. Figuera pidió la excedencia de la Cátedra de Zaragoza y volvió a Madrid. Era la primavera de 1964. Fue nombrado Jefe del Departamento de Cirugía y de los Servicios de Cirugía Torácica y Cardiovascular y Cirugía General de la Clínica Puerta de Hierro. Más tarde fue Director de la Clínica desde 1979 a 1981, y en 1980, Catedrático numerario, por concurso de traslado, de la Universidad Autónoma de Madrid.

Con gran entusiasmo comenzó la organización de la Clínica, redactando un Reglamento. Se decidieron sus instalaciones y se seleccionó el personal de médicos y enfermeras. Y todo hasta sus últimos detalles.

Allí Diego desarrolló una labor creadora muy interesante.

En el tratamiento quirúrgico de la estenosis mitral, los mejores resultados se obtenían con los dilatadores de dos ramas, de los que existían diferentes tipos. Figuera desarrolló un modelo que se introducía, guiado por el dedo, por la aurícula izquierda. Tuvimos ocasión de comprobar su eficacia reiteradamente, pues abrimos con él más de cuatrocientas válvulas estenóticas. Nunca entendí la razón de que no se empleara con más profusión, al menos en los servicios quirúrgicos de España.

En 1983, ideó una válvula mecánica que abría 90° y no producía turbulencias. La patentó con el nombre de «prótesis valvular cardíaca de disco reodinámico».

Cuando, en 1967, Senning propuso la fascia lata para la construcción, de los velos valvulares, en un nuevo tipo de válvula biológica, Ionescu y Ross publicaron sus resultados. Diego fue a Inglaterra y decidió adoptar la técnica, ideando un sistema para construir la válvula en el mismo quirófano, mejorando el método de Ross. Desgraciadamente, aunque la fascia se toleraba muy bien, se retraía y al cabo de tres o cuatro años la válvula se hacía insuficiente y había que cambiarla. Hubo que abandonar el procedimiento.

En 1972 Zerbini, en Brasil, propuso el empleo de duramadre humana. Figuera envió al Brasil a Gabriel Téllez, para aprender la técnica de construcción y conservación. A su vuelta, empezaron a construir esta válvula, en el Laboratorio de la Clínica. Figuera fue acusado de «tráfico ilegal de cadáveres» y aunque todo quedó en diligencias previas, la experiencia fue muy desagradable. Para evitar problemas en el futuro, decidieron emplear pericardio de ternera, fijado en glutaraldehído, según técnica de Carpentier.

Entre 1975 y 1979, se habían implantado, en la Clínica Puerta de Hierro, 119 válvulas biológicas, construidas en su Laboratorio. Pues bien, un enfermo al que se le había implantado una de estas válvulas se le deterioró antes del tiempo habitual, por lo que hubo que reintervenirle antes de lo esperado, para cambiársela. Le pidió a Figuera, para no denunciarlo por «haberle implantado una válvula defectuosa» decía, doscientas cincuenta mil pesetas. Empezó una campaña en la prensa y finalmente una querrela en el Juzgado. No pasó el asunto de las diligencias previas, pero todo fue muy desagradable. Todo esto amargó la vida a Diego, que además llegó, incluso, a recibir veladas amenazas de muerte.

El 29 de septiembre de 1984 hizo Figuera su primer trasplante de corazón. La intervención fue un éxito.

A finales de 1985, Figuera había trasplantado el corazón a cinco pacientes. Todos estaban en buena situación en una revisión realizada en 2002.

En 1986, operó a un niño de once años, que necesitaba un trasplante tanto de corazón como de hígado. Figuera hizo el primero y tres semanas más tarde el Dr. Ardaiz trasplantó el hígado. Quince

años más tarde el paciente seguía perfectamente. Mandó unas fotos, con su novia, el día de la boda.

En 1987, Figuera que había ido a Salt Lake City para valorar el corazón artificial que había diseñado el Dr. Jarvik, el modelo Jarvik 7, haciendo después el necesario curso de entrenamiento con el Dr. Cabrol, en París, hizo la primera implantación, en España, en una paciente en estado terminal, de este modelo. La enferma se recuperó satisfactoriamente y pudo hacerse un trasplante cinco días más tarde, cuando ya se dispuso de un corazón. Desgraciadamente surgió una grave complicación, una pancreatitis aguda necrotizante y la paciente murió.

Pero quedó sembrada la semilla para futuros trasplantes cardíacos. Actualmente la Clínica Puerta de Hierro es la que ha realizado el mayor número de trasplantes de toda España, con una cifra que supera los 600 casos.

En 1991 llevó a cabo, con Gabriel Téllez, el primer trasplante de pulmón. El camino quedó marcado. Actualmente son casi 200 los pacientes trasplantados.

Aquí en la Academia, me comentó un día lo que habría de ser su último objetivo: nada menos que una bomba de asistencia mecánica ventricular, que se implantaba, por vía de la arteria femoral, percutáneamente. En 1986, había empezado a trabajar sobre ella. Patentó el sistema, en España, Estados Unidos y Alemania.

Con la colaboración del Dr. Jesús Herrero, de Pamplona, presentó su bomba en Burdeos. Una fundación de Aquitania y la Universidad de Navarra, patrocinaron el probarla experimentalmente, en seis terneras. Estaba convencido de que aunque el proyecto exigía una inversión importante sería de gran utilidad y, al final, un éxito económico.

En la Real Academia, Figuera ocupó el sillón número 21, que había pertenecido al Dr. Manuel Gómez Durán al que tanto debía en lo referente a su formación básica quirúrgica. Su discurso de ingreso, «El trasplante cardíaco. Dificultades en España: sus causas, remedios y futuro» leído el 5 de noviembre de 1985, congregó una asistencia tan numerosa que no cabía en el Salón de Actos. Muchos asistentes lo seguían desde fuera por los altavoces. Hipólito Durán hizo, como es habitual en él, un gran discurso de bienvenida.

Ya académico, todos lo recordamos en sus concretas intervencio-

nes. Nos habló, en diferentes ocasiones sobre trasplante de corazón, sobre el tratamiento quirúrgico del infarto agudo de miocardio, la reptilización del miocardio como una esperanza y nos expuso sus ideas sobre la investigación y la cirugía experimental, lo que él llamaba el apasionado calvario de las mentes imaginativas y los fantasmas del cirujano: el miedo, la decisión y la denuncia.

Miembro de quince sociedades quirúrgicas, nacionales y extranjeras, de su especialidad, fue Presidente de la Sociedad Española de Cirugía Cardiovascular, Vicepresidente del International College of Angiology, Fundador y Presidente de la Sociedad Española de Investigaciones Quirúrgicas. Miembro de Honor de la Sociedad Española de Anestesiología y Reanimación. Miembro de Honor de la Academia Médico-Quirúrgica de Orense. Presidente de la Sociedad Española de Cirugía Experimental.

Estaba en posesión de la Gran Cruz de la Orden Civil de Sanidad, de la Encomienda de Isabel la Católica y de la Gran Cruz del Mérito Naval.

Perteneció al Consejo Nacional de Especialidades Quirúrgicas y fue Presidente de la Comisión Nacional de Cirugía Cardiovascular.

Su labor investigadora queda reflejada en casi doscientos trabajos publicados, que hacen referencia, además de las aportaciones ya mencionadas, a una técnica original para el estudio de la coagulografía, estudios y aportaciones para el desarrollo e implantación de válvulas cardíacas, comisurotomía mitral con CEC, un instrumento original, que designó como trocar-ventosa, para la cirugía del quiste hidatídico, injertos arteriales, de los que hizo un cuidadoso estudio experimental, ideando, para su conservación, un sistema original de liofilización, síndrome de Rowntree, esofagoplastias, rectocistoplastias, e ileoureterocistoplastias. Se ocupó de la úlcera gástrica experimental, por atofán, la aspiración pleural en el pulmón abierto, oclusiones arteriales, infecciones hospitalarias y empleo de los antibióticos. Se ocupó de los tumores del mediastino, de la parada cardíaca, del cáncer de pulmón, de la hipertensión vasculo-renal, de la hipotermia, de la cardioplejía en circulación extracorpórea, de la cirugía de diferentes tipos de cardiopatías congénitas, etc.

Presentó comunicaciones o conferencias en más de 250 ocasiones, bien en diferentes Congresos o por invitación en distintos centros, nacionales o extranjeros.

Fue Director de dieciséis Tesis Doctorales, referidas, en su mayoría, a la cirugía cardiovascular y de once Tesinas.

Y siempre, con la impronta de su originalidad.

Deja una importante escuela: De las tres cátedras de Cirugía Cardiovascular existentes en España, dos están ocupadas por los profesores Téllez y Concha, que proceden de su Servicio en la Clínica Puerta de Hierro. La tercera está ocupada por el Pof. Revuelta. Dos titulares de sendas Cátedras de Cirugía, los profesores Agosti y González Eguaras, también son de su escuela, como sucede con diez Jefes de Servicio en España, más otros en Iberoamérica.

La compleja personalidad humana de Diego Figuera tiene además otras facetas sorprendentes. Hay otros Figueras de atractiva personalidad. Así el Figuera cazador de elefantes, en África. El Figuera, aprendiz de mus, en las cacerías del Avellanar. El Figuera navegante se inscribe en el capítulo del Figuera deportista, experto en pesca submarina y «surfista» donde también hizo alguna aportación original.

Su gran compañero de navegación era Gómez Sánchez. Recuerdo cuando con Borbón se presentaron a los exámenes de patrón y luego Capitán de Yate. Lo que yo no sabía, entonces, es que pretendía este último Título, pensando en atravesar el Atlántico y alcanzar la costa americana, en barco de vela. Afortunadamente, pienso yo, no llegó a cuajar la idea.

Se equivocaba Diego cuando se incluía en el grupo de los hombres inconclusos que se han pasado media vida soñando. No, Diego, siguiendo tu clasificación te diré que tú entras en la categoría de los hombres cabales. Los que han hecho durante su vida, todo lo que su capacidad les permitió. Tú, Diego has sido feliz, has hecho feliz a tu familia, has cumplido los objetivos que te ibas marcando, has sido un creador en cirugía y has sabido estar, entre nosotros, con la alegría de vivir. Te has ido con las manos llenas, no solo por lo que has hecho, sino también por las dificultades que te tocó vencer para conseguirlo.

Mirad las fotografías en que él aparece. Siempre está sonriendo. No solamente en las que siguieron a la primavera de 1964, cuando llegó a la Clínica Puerta de Hierro, momento en que, si me lo permiten, sería fácil encontrar una sonrisa hasta en el más taciturno. No. Ha sido la actitud habitual de Diego Figuera frente a la vida, lo que le hacía sonreír, como si estuviera advertido y supiera que todos los problemas que se le pudieran presentar, no serían más que



pura anécdota. Que al final, todo se resolvería favorablemente. Era la consecuencia de su fuerte personalidad, de su sentido del humor y de la confianza en si mismo. Mirad sus fotografías y decidme si no es cierto lo que digo.

Y no temas, Diego, que, como dices, cuando uno desaparezca él y lo que él haya hecho se olvide, porque eso no depende de ti, depende de los demás. Y ten la seguridad de que para nosotros, los que te conocimos bien, en la Historia de la Cirugía tu nombre destacará siempre, porque está escrito con letras de oro, como ya lo está en nuestros corazones.

Este es mi recuerdo de Diego Figuera. he procurado retratarle, como era, siempre optimista, viviendo, eternamente, la época de las ilusiones. Ahora todos lloramos su muerte. Ya no estará, físicamente, con nosotros. Pero los que fuimos sus amigos siempre le tendremos en el corazón y él y lo que él hizo, su obra, permanecerán, siempre, nítidos en nuestro recuerdo. Mi pésame, otra vez, a sus familiares, especialmente a Nieves y a sus hijos.

## INTERVENCIONES

### **Prof. Armijo Valenzuela**

El Prof. Tamames, en su discurso de precepto en nombre de la Academia, ha destacado con enorme precisión la extraordinaria personalidad, humana y científica, de nuestro compañero de Academia recientemente fallecido, Prof. Figuera Aymerich.

El Prof. Figuera Aymerich alcanzó, en vida, cuanto se había propuesto y además con máxima brillantez, como han puesto de relieve cuantos académicos han intervenido en esta Sesión Necrológica, por lo que considero innecesario insistir sobre lo que sobradamente conocemos y admiramos todos. Me voy a limitar a recordar hechos en los que yo, personalmente, tuve participación directa y que ratifican rasgos destacables de lo que fue en vida Diego Figuera Aymerich.

Empezaré por hacer referencia a lo que fue su labor en los primeros años de su Licenciatura en Medicina y, más concretamente, en relación con la Farmacología en la antigua Facultad de Medicina de San Carlos, en la calle Atocha. En esta Facultad y en el citado Laboratorio de Farmacología, en los años cuarenta y bajo la Dirección del Prof. Velázquez, trabajamos durante muchas horas Diego Figuera y

yo. Él, era por entonces estudiante y yo Preparador Técnico, primero, y Profesor Auxiliar, después. En aquel laboratorio compartimos muchas horas de trabajo, siendo destacable que precisamente él, por su habilidad mecánica y conocimientos de electricidad, pudo mejorar e implantar técnicas experimentales valiosas, entre ellas para mí fue particularmente destacable una de determinación y registro del volumen-minuto en los animales de experimentación, técnica que me facilitó el realizar un trabajo original que pude presentar en mis oposiciones a Cátedras.

Nuestra amistad, iniciada en aquellos años cuarenta del pasado siglo, se mantuvo en años posteriores aún a pesar de que nuestros puntos de residencia y trabajo fueran muy distintos; pero se acentuó considerablemente cuando ya, el Prof. Figuera Aymerich, ingresó en esta Real Academia de Medicina con la medalla n.º 21 y con derecho a ocupar el sillón correspondiente en el escaño de los impares y, consiguientemente, muy alejado del mío que es el 28 y en el lado de los pares; pero mi querido amigo Diego Figuera, ocupó siempre que pudo un sillón a mi derecha, alegando que así podía comentar conmigo algunas de las cuestiones que se debatían en las sesiones académicas.

Personalmente, mucho le agradecí tal proceder lo que unido a las muestras que siempre me dio de verdadera amistad y hasta el que, uno de aquellos días, me trajo un librito de poesías, titulado *Los días duros*, cuya autora, Ángela Figuera Aymerich, estuvo siempre dominada por los problemas sociales y estaba seguro de que me parecería interesante.

El hecho es que por estas diversas circunstancias y otras muy diversas, Diego Figuera fue siempre un amigo excelente al que tengo presente en mis oraciones y confío en que la Divina Providencia nos permita gozar de una eterna relación.

### **Prof. Segovia de Arana**

No es fácil hablar ahora en esta sesión de la Academia presidida por el recuerdo emocionado del doctor Figuera y mucho menos aún después de la magnífica intervención del profesor Tamames. Diego Figuera ya no está con nosotros, pero el poder de la palabra es tan grande que actúa como señal evocadora de un conjunto de sentimientos, hechos y recuerdos de una personalidad extraordinaria.

ria a la que me unieron lazos de amistad, de compañerismo y de trabajo que han sido para mí fundamentales.

Los dos fuimos discípulos del profesor Jiménez Díaz, eligiendo él la cirugía y yo persistiendo en la medicina interna. Obtuvimos la deseada cátedra universitaria en el mismo año 1962 marchando Diego a Zaragoza y yo a Santiago de Compostela. En 1964 coincidimos de nuevo en la gran aventura de la Clínica Puerta de Hierro que fundamos y organizamos juntos y en la que trabajamos, yo diría que apasionadamente, durante cerca de treinta años en la tarea de modernizar la asistencia médica de nuestro país. La inteligencia, la decisión, la claridad de ideas y la generosidad de doctor Figuera, fueron decisivas en esa gran aventura biográfica que ha sido la Clínica Puerta de Hierro para muchos de nosotros. La organización de un hospital moderno pudo hacerse gracias a su percepción de las carencias que existían entonces en la medicina española, diseñando con meticulosidad la estructura física y organizativa de los servicios quirúrgicos y encargándose personalmente de la dirección del Departamento de Cirugía, de la coordinación de todos sus servicios y creando el de Cirugía Cardiovascular que tanta influencia ha tenido en la Cirugía española.

Su incansable actividad y su extraordinaria lucidez se emplearon también en la organización y fomento de la formación de especialistas por el sistema de médicos internos y residentes que por primera vez se establecía en España en el seno de una institución sanitaria de la Seguridad Social, incluso haciendo caso omiso de prohibiciones explícitas que impedían la docencia en las llamadas residencias del Seguro Obligatorio de Enfermedad. Como es admitido por todos, este sistema docente ha sido fundamental para mejorar la calidad de nuestra medicina. Participó igualmente en 1967 en la creación de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid, aceptando la invitación hecha a la Clínica Puerta de Hierro por el Ministerio de Educación ante los resultados positivos de la formación médica posgraduada por el sistema MIR. En el campo de la investigación médica la intervención del doctor Figuera ha sido también muy importante, ya que desde su época de estudiante, su imaginación y su gran habilidad manual le ayudaron en sus trabajos de investigación que cristalizaron de forma decisiva en la creación del servicio de Cirugía experimental en la Clínica Puerta de Hierro junto a otros servicios semejantes de Bioquímica, Inmunología y Endocrinología experimental. Su aportación a la ela-

boración de prótesis valvulares biológicas y en los últimos años, al diseño de un corazón artificial, son buena muestra de su actividad investigadora y de su estilo quirúrgico que supo transmitir a sus numerosos discípulos y colaboradores. Diego Figuera es una personalidad clave en la modernización de la medicina española a la que ha dedicado una vida imaginativa y fértil llena de generosidad por el bien común.

### **Prof. García de Jalón**

A Diego Figuera lo conocí en 1947, yo acababa de regresar de Inglaterra, en donde estuve con una Beca del CSIC. Diego debía ser entonces Ayudante de Clases Prácticas de Farmacología en la antigua Facultad de Medicina de San Carlos de la calle de Atocha.

Diego Figuera fue un joven tremendamente trabajador y dotado de una profunda inteligencia, era un ser incansable, terminadas las clases matinales permanecía todo el resto de la jornada en el Laboratorio de la Cátedra, se comía un bocadillo, y no abandonada el mismo hasta que dábamos por finalizada nuestra tarea de Investigación, en las últimas horas de la tarde.

Recuerdo que salíamos los dos juntos, siguiendo la calle de la Iglesia del Cristo de Medinaceli y al llegar al Hotel Palace nos despedíamos, yo seguía hasta la calle del Barquillo (donde vivía) y Diego se iba por la calle del Prado a la Biblioteca del Ateneo, donde se quedaba estudiando hasta las doce de la noche.

En el Laboratorio de la Cátedra de Farmacología de la calle de Atocha es donde se realizaban las clases Prácticas de Farmacología y todas las técnicas experimentales para nuestros trabajos de Investigación; fruto de estos trabajos fue la Tesis Doctoral de Diego Figuera titulada:

«Estudio farmacológico de las acciones Neuromusculares recíprocas entre curare veratrina y anestésicos locales».

Tesis Doctoral de Diego Figuera Aymerich, premiada con Premio Extraordinario del Doctorado en 1949.

Este título de esta Tesis Doctoral estaba basado en trabajos experimentales previamente realizados en colaboración del Instituto de Farmacología del CSIC y del Pharmacological Department of the College of the Pharmaceutical Society de Londres, ambos dirigidos por el Prof. Velázquez y el Prof. Buttle, respectivamente.

Estos trabajos fueron:

«Aportación al estudio de la Veratrina sobre el diafragma-frénico aislado».

«El uso del potasio en las determinaciones farmacológicas del Curare».

Autores: Perfecto García de Jalón de Madrid y G.B. West de Londres, publicados en 1948.

Mediados los años de la década de los 40, las técnicas experimentales en Farmacología estaban muy poco desarrolladas, la anestesia general era tan incipiente que sólo se utilizaban como anestésicos el éter y el cloroformo a través de mascarillas.

Es entonces, cuando se introducen en Anestesia y Cirugía los relajantes musculares: el curare y su principio activo: la tubocurarina. La práctica médica de estos nuevos fármacos precisó la introducción y conocimiento de nuevas técnicas experimentales tales como: el frénico-diafragma aislado de rata, introducido por Bülbring de Oxford en 1946 y el antagonismo Acetilcolina-curare en músculo recto abdominal aislado de rana, introducido por nosotros en Londres en 1947, ambas técnicas eran destinadas a valorar el bloque farmacológico de la Placa motora.

Todo ello abrió nuevos capítulos en Farmacología Experimental como: el estudio de los estimulantes y paralizantes neuro-musculares, el de los efectos ganglioplégicos, el de los efectos de la sinapsis ganglionar, etc.

Algunas de estas técnicas precisaron de una especie de microcirugía experimental y ésta fue: «La técnica de perfusión del ganglio simpático cervical superior del gato», realizada primero por Kibjataow y modificada en los años 40 por Feldberg y Gaddum en el U.K.

Nosotros implantamos esta Técnica Experimental por primera vez en el Laboratorio de Farmacología de la calle de Atocha y precisaba, la anestesia general del gato, la disección y canulación de la arteria carótida y de la vena vertebral, pese a lo cual teníamos que extirpar la apófisis mastoides del temporal, la disección del Simpático cervical y la medición y registro de las respuestas de la Membrana Nictitante del ojo del gato.

Precisábamos una bomba de perfusión y un dispositivo estimulador de pulsos rectangulares para estimular el Simpático cervical al igual que sucedió con las técnicas de algunas clases prácticas de Farmacología como la del corazón aislado de rana (Técnica de Clark),

esta técnica experimental de micro-cirugía Diego Figuera la desarrolló y la practicó con una metodología correctísima y como era «un manitas inteligente» enseguida nos sobrepasó a todos nosotros.

En mi opinión, creo sinceramente que para Diego Figuera estos fueron los primeros pasos que le hicieron caminar tan certeramente como ser a posteriori el número 1 en la Cirugía Cardiovascular.

Mi más sentido «pesar» para toda su familia, nosotros le recordaremos con mucho cariño y afecto.

### **Prof. Moya Pueyo**

Quiero sumarme al homenaje que hoy se tributa aquí al profesor Diego Figuera. He escuchado con gran atención la brillante conferencia del profesor Tamames y después de ella es muy difícil añadir nada nuevo a lo por él referido. De todas formas quiero hacer hincapié en dos aspectos, cuales son su actuación como profesor vista desde la óptica de un alumno y su profundo estudio de los enfermos y su esfuerzo para conocer sus problemas clínicos y las enseñanzas derivadas de los mismos.

Yo fui alumno del profesor Figuera en el viejo hospital de San Carlos, de la calle Atocha, durante los cursos 1954, 55 y 56 en que cursé la asignatura de Patología Quirúrgica en la que él impartía una clase teórica todos los sábados y otras de carácter práctico varios días cada semana.

Quiero señalar que a los alumnos nos causaba verdadera admiración lo que el profesor Figuera sabía, no alcanzábamos a comprender como se podía conocer tanto. Además, poseía un don de especial valor para los profesores, cual es la capacidad que tenía para incitar a los estudiantes hacia el esfuerzo y el estudio y todo ello sobre la base de los métodos, en aquella época vanguardista que seguía en sus exposiciones, particularmente las cuidadas láminas en color que proyectaba relacionadas siempre con los campos operatorios y las diversas técnicas seguidas en cada caso.

Terminados mis estudios de la licencia en Medicina tuve ocasión de contactar con el profesor Figuera en mi época de médico forense, en Madrid. El profesor se ponía en contacto conmigo en algunas ocasiones con la finalidad de conocer el cuadro lesivo de ciertos enfermos fallecidos y que él había tratado en la Clínica Puerta de Hierro, y que por tratarse de cadáveres interesados para la Ad-

ministración de Justicia se les practicaba la autopsia judicial, a la que él asistía, demostrando así un interés poco común por conocer, en profundidad, la correspondencia entre el cuadro clínico terminal y las alteraciones anatómicas.

Para facilitar lo precedente en lo sucesivo, impulsó la práctica de las autopsias clínicas, hasta entonces realizadas en muy escaso número y contribuyó a que se promulgase una Ley reguladora de las mismas que fue aprobada en la época en que era Secretario de Estado de Sanidad el profesor Segovia de Arana.

El profesor Figuera cesó en la Universidad Complutense de Madrid a principios de los años sesenta, como acaecía entonces con la generalidad de los profesores que al alcanzar el máximo rango académico pasaban obligadamente a otra Universidad. Quiero expresar mi sentimiento a los familiares que hoy nos acompañan y reiterarles la gratitud y admiración que siempre representó para mí la figura del profesor desaparecido.

### **Prof. Rey Calero**

Siempre es difícil ser austero para aceptar los riesgos del destino, en la manifestación del dolor. «El dolor que es un aroma que se repite siempre de otra forma» (L. Velasco). Sería preferible recurrirse en la grandeza solemne del silencio para mejor conmemorar con profunda reverencia la vida y obra del Prof. Figueras. «La unidad de tu ser, que fue tan vigoroso», y encontrarnos en un solo y puro vacío misterioso, la sosegada música inaudible» (F. Brines), pues tantas veces los sentimientos no se pueden expresar con las palabras. el silencio reflexivo de los prudentes está lleno de palabras calladas. Quizás «el fin de la palabra es el silencio», pero a veces hay que intentar cincelar las palabras arrancadas del silencio.

«Al tiempo que vemos pasar la vida a través del cristal de mi venganza», que diría León Felipe, y «de pronto es la muerte/ sentada entre nosotros,/ mirándonos» (de «los instantes» de Arbeleche), «Y vamos a lo oscuro sin consuelo». Es cuando las nieblas de la tristeza empañan las bóvedas del alma, y se destilan a través las lágrimas como gotas de lluvia, quizás para mejor limpiar los sentimientos. En esta noche en que el sol se esconde de nuevo, en que sentimos su ausencia, la del Maestro, la del preclaro Cirujano, la del compañero, del Académico. En que discurrimos «entre lo que ha

ocurrido y lo que está por venir, en la espera de lo inesperado, cambiamos con la flexibilidad de la pieza inacabada. Cambiamos todo el tiempo y el Universo parece detenerse» (L. Velasco).

Tuve la ocasión de conocerle en la Escuela de Medicina del Trabajo, cuando explicaba los temas correspondientes, con esa fruición y claridad, con el exorbitante poder de la inteligibilidad, con el afán que el maestro sabe trasladar su mensaje, poniendo todo su empeño en la tarea «sólo se aprende aquello que se ama» (Goethe).

Después coincidimos en las reuniones de Educación Médica y en las Mesas de Hospitales, cuando se pretendía introducir un criterio de calidad. Esta calidad que es la distancia entre la realidad y la esperanza, y fomentar de un modo voluntario auditorias base de la acreditación docente de postgrado, en la que destacaba el protagonismo emprendido por la Clínica Puerta de Hierro con los profesores Segovia, Figueras, Rojo y tantas figuras destacadas, que había apostado por la enseñanza reglada de postgraduado, y educar para la versatilidad especializada, con el sistema MIR, uno de los logros más destacados y relevantes.

Es curioso que entonces la SS llamaba Residencias o Clínicas para obviar el nombre de lo que eran Hospitales, y los que se dedicaban a la docencia Hospitales Clínicos que mantenían con orgullo la Universidad. Ahora se enorgullecen de llamarse Hospitales Universitarios, pero hacía falta esa transformación.

Hacía falta un esfuerzo más que apostar por la enseñanza de pregrado, y de nuevo los profesores Segovia, Rojo, Figueras, Reinoso, Ortiz Vázquez, Sols, Sánchez, Usandizaga y tantos otros, desde las Clínicas y desde las Básicas, emprenden con ilusión una nueva tarea, apoyándose en aquellos Hospitales de la SS y otros asociados, para impartir este tipo de enseñanzas que entonces se llamaban «integradas», comenzando desde los cimientos, porque «lo que en la juventud se aprende toda una vida dura» (Quevedo).

Me pude integrar y apreciar la ilusión y esfuerzo y como se incorporaban distintas tendencias educativas, cuando el oleaje arreciaba en las mareas políticas que se avecinaban. Allí pudimos todo este grupo, codo a codo, «querer las mismas cosas y no querer las mismas cosas, que es la base de la verdadera amistad» (Salustio).

Había pues que programar la docencia en medio de la turbulencia, y hacían falta timoneles de pulso firme para llevar a buen puerto el proyecto docente, sin miedo a los pulsos de la demagogia y el resentimiento y no claudicar. En esos momentos había que saber



enseñar y saber estar. Allí estaba también el Prof. Figueras conjugando la flexibilidad con la argumentación, con la densidad vital que habla Ortega, con la cartografía de la sutileza y del análisis reflexivo. Así pues, en medio de los que pretendían un río revuelto, en lo cotidiano de la transición, había que saber estar ante lo imperfecto y lo caótico, entre lo cínico y lo fanático, entre los estrafalarios e iluminados, entre la degradación y la exaltación, entre la cobardía y la autenticidad, entre la crispación y la serenidad. Como si se tratara de un «Campus novel», pero allí en vivo y en directo, como en los mejores capítulos de la vida académica de Harold Bloom, en las Escuelas del Resentimiento con las memorias de Terry Eagleton, con las reflexiones de Robert Hughes, y las «Imposturas intelectuales» de Sokal y Bricmon y lo novelado por Roth Philip. Recuerdo aquella exclamación de Ortiz Velázquez, ante los entremados en el alboroto con consignas de huelga: «¡los políticos pasarán, pero la cirrosis hepática no pasará!» y continuó la clase.

No puedo yo analizar en tan breve tiempo y no ser de mi competencia su labor innovadora en su especialidad, pero su obra «Mis vidas y la Cirugía», es la autobiografía de su empeño. Es pues bien notorio su dedicación y estudio para mejorar con artilugios técnicos los problemas del corazón, del «corazón aventurero», tomando el nombre prestado de Ernst Jünger, y resolver la hemodinámica alterada, entre otras, de las válvulas cardíacas. En su taller el mismo con infinita paciencia, moldeaba las prótesis para diseñar de la forma más adecuada las válvulas artificiales, que implantaba con éxito, objeto de patentes, y su sistema de asistencia circulatoria, que fueron motivo de obtener premios a la innovación científica y técnica, como los de la Fundación Cabrerizo, que tuve la oportunidad de conocer de cerca y tantos otros premios otorgados a su paciencia, dedicación y talento.

En la naturaleza el ser determina el modo de obrar. En la persona humana es la acción la que va configurando al sujeto, hasta imponerle un estilo propio. «L'estyle c'est l'homme». El fraguó un estilo propio en la especialidad a base de inteligencia y esfuerzo. Con razón decía Flaubert que «el talento es a base de paciencia», o que «el talento es mucho trabajo» según Proust. Así consiguió crear un portentoso equipo de Cirujanos cardiovasculares, como los profesores M. Concha y Téllez, Cafarena, García Sánchez, Rupilanchas, Alonso y un largo etc., que tanto admiramos, puesta al servicio de esta gran pasión y de su talento renovador.

Al expresar a su familia, a su esposa a sus 5 hijos y 5 nietos, desde esta otra familia el profundo pesar, en este proceso circular y recíproco, en un encadenamiento como un legado prestigioso y fraterno.

Si como dice el romántico Schüller «es en el corazón donde bulle la estrella de su destino», es pues en este espíritu renovador y en este magisterio luminoso y refulgente como las estrellas, donde brilla su destino, implicándose con pasión, al corazón de corazón, y con toda su alma, «hacia otra luz más pura, partió el hermano a la luz del alba». ¡Descanse en paz!

### **Prof. Durán Sacristán**

Ustedes han visto que tras la necrológica que ha glosado divinamente Santiago Tamames, varios Académicos han perfilado más la figura del desaparecido Prof. Figuera Aymerich y que toda la numerosa concurrencia que ocupa este Aula, ha escuchado con total asentimiento los discursos y las intervenciones complementarias que se han producido y es que Diego Figuera goza del asentimiento general a sus dotes de maestro de la Cirugía, maestro de la Docencia Quirúrgica, teórica y práctica y de investigador y creador de ideas nuevas y de proyectos cargados de valor innovador. Digamos que Figuera ha sido un punto de referencia en la Cirugía del País durante todos los años de la última parte del siglo que ha acabado, una fácil referencia porque de él se obtenía información moderna, muchas ideas como germen de otros tantos proyectos y sobre todo un magnífico influjo personal como es propio de los hombres que aparecen de vez en cuando para servirnos de ejemplo y de modelo a los demás.

Siempre supo conjugar la seriedad en las cosas y el tesón en conseguir las.

Jugó con la seriedad, la eficacia y el buen talante y de ahí surgía el ambiente creativo, científico y práctico que siempre se respiraba en su entorno.

Desde siempre, en su época de post-graduado se rodeó de amigos, médicos eminentes, universitarios relevantes y hombres de la sociedad y de la aristocracia intelectual, que fueron siempre un grupo compacto en el sentido de la responsabilidad y del saber hacer en todos sus compromisos, al par que supieron ayudar a la sociedad con sus actos, consejos y ejemplar comportamiento.

Creo que es mucho más importante la figura de Figuera como Catedrático y Jefe de Centros de Investigación cualificados que su repercusión en la sociedad por su talento, su oportunidad y su vida divertida y azarosa, que con tanto gracejo ha sabido reproducir en su brillante libro autobiográfico.

Debo destacar, como lo han hecho mis predecesores, la importancia de las aportaciones de Figuera a la Cirugía del corazón de trascendencia en el mundo de la Cirugía Internacional y el trabajo que él realizó en cosas tan importantes como la formación de postgraduados que él llevó de la mano de Segovia de Arana y con el apoyo de los hombres de su entorno de Puerta de Hierro.

También ha sabido el Prof. Figuera conservar el estilo universitario que encontró con prodigalidad y acierto en la Escuela de Martín Lagos que fue modelo de ímpetu universitario y del claro sentido de la organización y disciplina en lugares donde la organización y el desarrollo no habían dado tiempo a crear las infraestructuras necesarias para sus legítimas ambiciones.

Se ha ido Figuera de la Academia a otros lugares donde el destino le dará oportunidades de recibir muchos abrazos y oír muchos latidos de corazones que él puso en marcha a lo largo de su vida.

Mi felicitación al Prof. Tamames por la hermosa necrológica que ha leído, documentada y justa como corresponde a un profesor de análoga estructura que el homenajeadó y dotado de cualidades absolutamente extraordinarias.

A la viuda e hijos de Figuera les quiero hacer saber que pueden sentirse muy orgullosos del legado moral e intelectual de su padre, dentro del cual figura nuestra admiración, cariño y amistad.

### **Prof. Reinoso Suárez**

Quiero rendir un emocionante homenaje de cariño, reconocimiento y admiración a ese hombre, generoso, valiente y destacado profesional médico, científico y Académico que fue mi querido amigo Diego Figuera. Como hizo muchas cosas en beneficio de los demás en su vida, estoy seguro de que fue un hombre feliz.

Hoy pido confiadamente a Dios por su felicidad eterna.

Mi sincero cariño a su esposa e hijos y un fuerte abrazo a todos.

## **PALABRAS DEL VICEPRESIDENTE**

Muchas gracias Prof. Tamames. Comprenderán que después de este excelente y brillantísimo discurso que nos ha pronunciado el Prof. Tamames sobre el Prof. Figuera tan lleno de conocimiento, tan lleno de sentimientos, que no se puede decir nada más. Después de lo que ha comentado el Prof. Tamames en este discurso y después de las aportaciones que han hecho los otros Académicos de nuestra Academia, creo que lo único que debo hacer es expresar el sentimiento de la Academia, la tristeza y el dolor de todos los Académicos a la familia del Prof. Diego Figuera, amigo y Académico nuestro, por la pérdida irreparable que ha representado su desaparición.

Se levanta la sesión.